

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 53, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

CÓRTESES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS.

Extracto de la sesión celebrada el día 31 de Marzo de 1868.

Se abrió la sesión a las dos y cuarto, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

Incidente sobre el Banco territorial.

El Sr. PEREZ DE MOLINA: En uso de un derecho que me concede el reglamento, ruego a la comisión que entiende en el asunto relativo a la creación de un Banco territorial que tenga la bondad de manifestar al Congreso el estado que tengan sus trabajos, los antecedentes que haya examinado y la promesa que pueda hacer de dar dictamen, más o menos pronto, en asunto tan grave y que exige un estudio muy concienzudo, para que no se venga a moropolizar el crédito territorial de la nación.

El señor conde de TORENO: Creyendo yo que la mejor manera de contestar a la pregunta del señor Perez de Molina, y de que el Congreso quede enterado del modo con que la comisión ha cumplido con su deber, y hasta qué punto se está ocupando con la actividad debida de este asunto, ruego al señor presidente que permita la lectura de las actas de la comisión.

Si S. S. lo permite, las leeré desde mi asiento, y creo será la mejor contestación que podrá darse al Sr. Perez de Molina y la satisfacción más cumplida que la comisión podrá rendir al Congreso.

El señor PRESIDENTE: No hay ningún inconveniente en dar lectura de esos documentos.

Se leyeron dichas actas referentes a las sesiones celebradas por la comisión en los días 20, 21, 22, 23 y 31 del actual.

El señor ministro de HACIENDA (Sanchez Ocaña): Prescindiendo de la manera como se ha traído la contestación de esa pregunta al Congreso leyendo las actas de una comisión estando todavía pendiente de resolución un proyecto de ley sobre el cual ha de dar dictamen aquella, cosa que en los muchos años de vida parlamentaria que llevo no recuerdo se haya verificado otra igual.

Digo, pues, que prescindiendo de esto, me voy únicamente para decir que en el estado presente que tiene la cuestión, el Gobierno tiene pendiente la contestación a la pregunta que hace tres días le dirigió la comisión sobre ese expediente. Esta mañana mismo he acordado la contestación, y veo que va a cruzarse esa contestación con el recuerdo que se hace, cuando solo han pasado tres días desde que la pregunta se dirigió.

En su consecuencia, solo para hacer esta declaración es para lo que me he levantado.

El señor PRESIDENTE: La cuestión se ha traído como previene el Reglamento. Este da derecho a los señores diputados para dirigir preguntas verbales a las comisiones, las cuales deben contestar concretamente acerca del estado en que tienen sus trabajos.

El señor conde de Toreno ha pedido la lectura de esas actas: yo le dije que podía manifestar su contenido de palabra, en lugar de leerle, ha insistido en su lectura, quizás para la mayor exactitud, y yo no he podido negarle un derecho que tiene todo diputado; y como no cabe duda en que el señor conde de Toreno pudo usar de él diciéndolo de palabra lo que esas actas contienen, su lectura solo puede haber contribuido a la mayor exactitud, a la exactitud oficial. La mesa, por lo tanto, no ha podido prescindir de hacer lo que se ha hecho.

El señor ministro de HACIENDA (Sanchez Ocaña): No se han dirigido mis observaciones al presidente, sino al individuo de la comisión que ha pedido la lectura de las actas. Yo he observado constantemente que siempre que se ha preguntado a una comisión, se han dado explicaciones sin necesidad de pedir que se lean actas al Congreso; pero repito que ha sido dirigida únicamente mi indicación al señor conde de Toreno, y no al señor presidente, porque el señor presidente ha estado en su lugar mandando que se lea un documento cuando ha habido un diputado que lo pide.

El Sr. PRESIDENTE: Así lo he comprendido, señor ministro; pero yo he debido dar esa satisfacción a S. S. y al Congreso.

El señor conde de Toreno tiene la palabra.

El señor conde de TORENO: Cumplo a mi deber, señores diputados, principialmente recogiendo las últimas palabras del señor ministro de Hacienda para hacer notar al Congreso, aunque lo sabe ya perfectamente, que yo, al pedir la lectura de las actas, no he estado fuera del reglamento ni mucho menos de los límites de la conveniencia. La prueba de ello es patente.

El Sr. Presidente, que es el juez de lo que aquí se hace, ha accedido a mi petición y permitido que se leyera las actas. Queda por lo tanto refutado este cargo que yo entendí que así lo era) que me dirigía el señor ministro de Hacienda.

En cuanto a lo que el señor ministro dice que la comisión le dirige una especie de cargo al referir en su última acta que no había contestado S. S. a una comunicación nuestra, nosotros no inferimos ni dirigimos cargos de ninguna especie a su señoría. En el seno de la comisión se preguntó: ¿han venido estos documentos que se han pedido? Se contestó por la secretaría que no, y se consignó en el acta. Por eso se ha leído ahí, y ha aparecido que S. S. no los había remitido. Pero esta no era una excitación, no era una inculparción, ni era cargo ninguno a S. S., sino solo la consignación de un hecho de los muchos que han ocurrido en el seno de la comisión y que se han consignado en sus actas.

Ahora me permitirá decir que suponiendo yo que el Sr. Perez de Molina en la excitación que ha dirigido a la comisión, se ha hecho eco de algunas palabras o de algunas cosas que se hayan podido decir fuera de este lugar con respecto a la actividad con que la comisión se estaba ocupando de este asunto, S. S. habrá tenido ocasión de ver, y el Congreso habrá podido notar, que no hemos descanzado ni hemos dejado de la mano el asunto, que hemos trabajado cuanto nos ha sido posible, que nos falta todavía algo que hacer, y creo yo que todavía es bastante; pero eso no quita para que nosotros hagamos todo lo posible para cumplir con nuestro deber y venir aquí cuanto antes con un dictamen todo lo más conveniente y lo más prudente que nos sea posible, atendidas las circunstancias y las necesidades de nuestro país sobre el proyecto de ley de crédito territorial.

Yo me atrevo ahora a rogar al señor presidente que como la prueba y la explicación más terminante de lo que la comisión ha hecho, está consignado en las actas cuya lectura ha tenido S. S. la

bondad de permitir, se sirva acceder a que esas se impriman e inserten en el Diario de las Sesiones.

El Sr. PRESIDENTE: De todo documento de que se da lectura al Congreso, se da traslado al Diario de las Sesiones.

Queda terminado este asunto.

ORDEN DEL DIA.

Discusión de presupuestos.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Rebellón continúa en el uso de la palabra.

El Sr. REBELLÓN: Concluí ayer mi discurso haciendo el resumen del déficit que ha de resultar en el próximo año económico, que excederá de 239 millones de reales. El déficit de los últimos cuatro años importa 2.070 millones: término medio en cada uno de ellos 517 millones. Este fatal sistema de gastar todos los años más de lo que se recauda, ha hecho preciso acudir al crédito para cubrir la diferencia entre los ingresos y los gastos. Se han emitido en billetes hipotecarios 1.500 millones, de los cuales se hallan ya amortizados sobre 500. En 1865, siendo ministro el Sr. Castro, se emitió deuda consolidada en la cantidad de 600 millones. La conversión de las amortizables produjo un ingreso de 368 millones, el empréstito Fould otro ingreso de 76, total de ingresos extraordinarios desde 1864 a la fecha 2.044 millones de reales.

El actual ministro nos pide una autorización para facilitar fondos al Tesoro hasta la suma de 500 millones con el objeto de extinguir la deuda flotante que representan los déficits anteriores, y además sostiene la autorización anteriormente concedida para poder emitir títulos de la deuda del tres por 100 hasta la cantidad de 600 millones.

Ahora bien: ¿es sostenible este orden de cosas? ¿Podemos continuar con este fatal sistema de apelar al crédito como medio normal de cubrir el déficit permanente? El crédito está en la conciencia de todos que es una cosa limitada que sirve como remedio extraordinario, pero que no puede apelar a él como sistema permanente de conducta.

¿Cuál será el remedio a que debemos acudir? Creo que es fácil. La cuestión se reduce a nivelar el presupuesto de gastos con el de ingresos, y obtenida la nivelación, queda un pequeño problema, la extinción de la deuda flotante. Esta deuda no se paga, se consolida, operación, ventajosísima para el Tesoro, porque se ve libre de esta carga premiosa, sin suponerse la obligación de devolver el capital. Es una simple conversión con beneficio del Tesoro y de los acreedores.

La dificultad, pues, está toda en la nivelación. ¿Cómo se nivelan los presupuestos? Aumentando los ingresos o disminuyendo los gastos, o si no se obtiene por ninguno de estos dos medios, accediendo al sistema mixto de aumentar en algo los ingresos y disminuir también en algo los gastos. Los ingresos es imposible aumentarlos en la cantidad necesaria para que nuestros presupuestos se salden sin déficit.

La única renta susceptible de aumento es la de aduanas. Una prudente reforma de los aranceles nos puede dar 20 ó 30 millones. En el presupuesto de gastos hay que hacer una reducción de 200 millones por lo menos. El Sr. Bravo Murillo hace años que viene sosteniendo la ineludible necesidad de acortar los gastos en 300 millones. El Sr. Morayno viene sosteniendo hace tiempo la doctrina de que es preciso encerrar los gastos en los ingresos naturales. El Sr. Barzanallana, convencido de la situación del Tesoro, pidió el año pasado aumento en la contribución, y este ministerio en el camino de las economías ha ido quizá más allá de donde debía. Yo no apruebo la supresión de 40 juzgados que se hizo el año anterior para producir un miserable ahorro. Yo no estoy por esas economías cuyo furor ha llegado hasta el punto de hablarse de la dotación del Clero. Sin embargo, señores, hay necesidad de nivelar el presupuesto de gastos con el de ingresos, y como se reconoce la imposibilidad de aumentar los ingresos, se insiste en la necesidad de nivelar, disminuyendo los gastos. Yo sostengo la imposibilidad de llegar a la nivelación por este sistema. Ni en las obligaciones generales, ni en la deuda pública, ni en las cargas de justicia, ni en las clases pasivas, que cuestan 163 millones repartidos entre más de 50.000 individuos, que corresponden a poco más de dos pesetas por persona, puede hacerse la menor rebaja.

Cualquier reforma en las clases pasivas será para en adelante. Lo que es por hoy hay que respetar los derechos adquiridos, que el derecho de un cesante ó de una viuda a su pensión es tan respetable como el de un tenedor de papel de la deuda del 3.

Tampoco cabe reducción en las obligaciones eclesiásticas; y aquí debo combatir la prevención bastante general de que el presupuesto del Clero es elevado. Téngase en cuenta que en él se embolsan 12 millones de las pensiones de las religiosas en clausura, 400.000 rs. del tribunal de las Ordenes y otras partidas por el estilo, que nada tienen que ver con el Clero, cuya dotación asciende solo a 117 millones repartidos entre 24.000 individuos.

Importan, señores, todos los gastos discutibles de todos los ministerios 843 millones, y separando la cantidad que absorbe el ministerio de la Guerra, no quedan para todos los demás mas que 452 millones. Es imposible con tan pequeña suma atender a tantos gastos. Se ve, pues, lo difícil de nivelar el presupuesto por medio de economías. Yo no soy partidario de ellas sino de la supresión completa de los servicios innecesarios. ¿Cómo nivelamos, pues, el presupuesto?

La deuda pública tiene dos clases de servicio. El pago de intereses y la cantidad destinada a la amortización de toda deuda que devenga interés. En cuanto a la amortización de la deuda, aquí está la dificultad, aquí la clave de esa paradoja que dije ayer, de que no hay déficit ó no es tan crecido como se supone.

Sigamos el sistema lógico de no destinar a priori cantidad ninguna para la amortización de las deudas que devenguen interés, pero con el propósito de emplear en la amortización todos los sobrantes cuando los haya, y ya tenemos arreglada la cuestión de Hacienda. Aquí está la perturbación administrativa; aquí la causa de que el ministro de Hacienda se vea todos los años en la indispensable necesidad de buscar 200 ó 300 millones para cubrir los gastos. Yo quiero la amortización verdad que disminuye la deuda, y no la que la aumenta. Hoy se invierten 234 millones en amortizar varias deudas, y sin embargo, la deuda no disminuye. Los billetes hipotecarios de la segunda serie se emitieron a 90, y se han amortizado a la par. ¿Qué gana el Tesoro con este juego? Los primeros 1.000 millones de hipotecarios de Salaverría gravaron al Tesoro en 202 millones, y los 1.000 millones de billetes Salaverría-Barzanallana gravarán este año en 263 millones.

La amortización cuando no hay sobrante es perjudicial para el Tesoro, porque vendemos papel barato para comprarle caro. Lo que aconsejo se practica en Inglaterra y en todas partes. Es preciso que siempre que el Tesoro necesite fondos para extinguir la deuda flotante, no se piense en emitir nueva deuda.

El Sr. Sanchez Ocaña piensa emitir 500 millones de billetes, admitiéndolos en pago de bienes nacionales, con lo cual extinguirá por el pronto la deuda flotante; pero después los ingresos de bienes nacionales, en vez de percibirlos en dinero, los percibirá el Tesoro en papel; resultado, un déficit mayor en los presupuestos sucesivos. En Inglaterra y Francia las deudas flotantes no se pagan, se consolidan, y esta operación, sin traer gravamen para el Tesoro, aumenta los intereses de la deuda consolidada en la misma cantidad que disminuye el interés de la deuda flotante. Esta es un peligro permanente para el Gobierno, al paso que la consolidación no preocupa a ningún ministro.

Para probar que la amortización de la deuda es perjudicial a los mismos tenedores del papel, tenemos el ejemplo en lo que pasa con las acciones del canal de Isabel II y las obligaciones de ferro-carriles del Estado. La amortización no se hace sino por sorteo. Es, pues, una especie de lotería, y esta amortización no da valor alguno al papel de este clase de obligaciones. Nuestros 3 por 100 consolidados, que no tiene amortización, está hoy a 34, y las obligaciones del Estado, que debían estar a 68, están a algo menos. Ya que me he declarado adefensor de los derechos adquiridos, y que lo soy también de los tenedores de la deuda, excito al señor ministro a que traiga al Congreso un proyecto por el cual todas las deudas que devengan interés puedan convertirse en consolidada del 3 por 100.

De esta manera tendríamos, en vez de un déficit de 87 millones, un sobrante de 113, que debe emplearse en amortizar deuda del 3 por 100, comprando en la Bolsa títulos del 3 por 100, y quemándolos después. De esta manera habrá verdad en el presupuesto, y no resultará esa perturbación que llega hasta el mismo Gobierno.

Con este sistema, señores, habremos resuelto el problema, y tendremos crédito, porque para tener crédito no hay más que un secreto, no usarlo. En el pueblo donde yo vivo, tengo mucho crédito personal porque nunca he usado de él.

Ya sé que me dirá el señor ministro que para mí esto es fácil, porque puedo arreglar mis gastos a lo que tengo; pero yo le registraré si quiero que el Gobierno no haga uso de crédito, es porque le he probado el medio fácil y natural de que el Gobierno pueda vivir con solo los ingresos.

El Sr. CABEZAS: Señores: ayer, después de la sesión ó preguntar a varios señores diputados de gran talento cuál era la verdad acerca del estado de nuestra Hacienda. Tan pronto se nos presenta al borde de un abismo, como se nos pinta con tintas de color de rosa. La verdad, señores, no es más que una. Un señor diputado se coloca en el punto de vista del contribuyente, ó mira la cuestión de la Hacienda del Estado como la de una familia, y sostiene que no podemos continuar así. Otro señor viene después, y mira la cuestión bajo el punto de vista de su pueblo natal; bañado por las suaves ondas del Mediterráneo entre los viñedos que dan la rica pasa moscatel, y bajo este punto de vista se admira del lujo del teatro real y de la Fuente Castellana, y deseaba descentralizar y suprimir provincias, y clamaba contra los coches de los funcionarios; porque él no tiene más que su tartana, y quería quitar ruedas a la administración, sin duda porque la tartana no tiene mas que dos y el coche cuatro (Risas).

Otro joven orador de gran valía miraba la cuestión por el lado político, y todo lo vea negro, porque lo ve a través de un prisma antiguo que ha ennegrecido el tiempo, y fué a buscar el remedio en la escuela mas radical, en el desestanco y en la mas lata descentralización. Sigue a estos el Sr. Rebellón, reconoce que las economías son imposibles, y nivela el presupuesto quitando los 200 millones de la amortización de la deuda. A mí se me acusa de optimista por decir que el estado de la Hacienda no es tan malo como se quiere suponer, y que podremos llegar a la nivelación del presupuesto.

Decía el Sr. Rebellón que de ocurrir un diluvio, sobrenadando el libro de los presupuestos, los nuevos pobladores podrían apreciar por el nivelación de nuestro país. Yo le diré que si con ese libro sobrenadara el Diario de la sesión de ayer, no formarían gran idea de nuestra corteza parlamentaria. Habló también S. S. de la filosofía del presupuesto. Yo no sé si hay filosofía en el presupuesto, pero sí que se ha procurado simplificar introduciendo entre las cuentas y el presupuesto la debida armonía.

Ha dicho S. S. que el valor de la deuda consolidada es el barómetro del crédito de una nación. No; no es la situación de la Hacienda la única causa que influye en el barómetro. Portugal, con una situación de Hacienda funesta, tiene su 3 por 100 mas alto que el nuestro. Holanda está en déficit y tiene su 2 1/2 al 52 3/4. Prusia tiene diversas rentas, y la seguridad del pago de todas es igual, y esa seguridad, sin embargo, no es la causa determinante del precio de los valores públicos: entre su 3 1/2 y su 5 por 100 hay 10 por 100 de diferencia de precio.

La verdadera causa es la confianza. Nosotros desde 1863 empezamos a bajar. Desde que ciertos partidos, adoptando el retraimiento, se colocaron en una actitud revolucionaria, empezó a bajar nuestro crédito hasta bajar a 32 después del 2 de Junio. Que los partidos renuncien a su actitud revolucionaria, que vengamos al terreno legal y muy pronto se elevará el crédito del Estado.

Se ha ocupado extensamente el Sr. Rebellón de la deuda flotante, y con este motivo nos habló del manejo de autorizaciones que para mejorarla pidió el Sr. Barzanallana y de la Caja de depósitos. No creo con S. S. que de tener mañana una guerra con el extranjero retiraran los imponentes sus capitales de la Caja de depósitos; lejos de eso, todos los españoles vendrían a vaciar sus bolsillos en las arcas del Tesoro: dígame sino la guerra de Africa.

Habló también de los 200 millones que han venido del extranjero de un modo que rebaja nuestra dignidad. Los títulos entregados por esos contratos se han depositado en el Banco de Francia, y las operaciones hechas han producido inmensos bienes al país, como tuvo la honra de demostrar al Congreso en una de las últimas sesiones.

El Sr. Rebellón se asombraba de la diversa manera de apreciar el déficit de 66 a 67. Mientras el presupuesto no se liquide, nada puede haber exacto, y esta exactitud solo la dan las cuentas definitivas.

El déficit corriente, según S. S., será de 328 millones; pero no ha tenido en cuenta las economías

de los presupuestos de Guerra y Marina y que los gastos de la escuadra del Pacifico tenían su recurso especial, que se ha realizado. La renta de aduanas no ha tenido la baja que supone S. S. hasta el mes de Setiembre, en que el país se inundó de contrabando por las circunstancias políticas.

En cuanto a las rentas estancadas y productos de la desamortización, los directores de los respectivos ramos contestarán a S. S. si han venido a engañar al Congreso.

Pero vengamos ya a la panacea del Sr. Rebellón: convertir todas las deudas en renta consolidada. No creo que quiera S. S. una conversión forzosa. El tenedor de un billete hipotecario que tiene 6 por 100 de interés y una amortización segura del capital, ¿se contentará con menos de tres capitales? Pues para convertir los 420 millones que al terminar este ejercicio habrá de la primera serie, sería preciso emitir 1.200 millones de consolidado, que gravarían el presupuesto con una renta de 37.800.000. Para convertir los 500 millones de la segunda serie habría que emitir 1.500 millones que costarían anualmente 45: total gravamen perpetuo 82.800.000 rs. Los intereses de los billetes hipotecarios costarían solo 53.800.000 en el próximo año económico, 42.800.000 en el de 69-70 y 29.800.000 en el de 70-71; de modo que en tres años nos costaría la operación del Sr. Rebellón 122 millones de reales.

En doce años con 1.200 millones satisfaremos los intereses y amortizaremos todo el capital de los billetes hipotecarios; pues con la operación que desea S. S. gastaríamos esa cantidad en catorce años y quedaríamos con la obligación de pagar perpetuamente los 82.800.000 reales de intereses de la deuda.

¿Puede esto proponerse seriamente? ¡Ah, señor Revelón! Si S. S. no trae otro específico, convegnamos en que esto dejaría las cosas en peor estado del en que se hallan. No tengo mas que decir.

El Sr. POLO: Señores diputados, no me propongo pronunciar un discurso de efecto: voy a discutir sencillamente los presupuestos, es decir, la situación actual de la Hacienda. La tarea es árdua y ardua, tanto, que no solo necesito, señores, de vuestra benevolencia, sino de vuestra cooperación, porque mal podría hacer mis cálculos y mis operaciones si no me siguierais en ellos.

Para discutir la cuestión de Hacienda no tengo que hacer más sino continuar las observaciones que inicié al discutir el presupuesto vigente, y que seguí cuando vino aquí el proyecto de conversión de amortizables y de cupones. El presupuesto actual no es, señores, hermano gemelo del anterior; es una parte del mismo, es la continuación de este sistema que yo vengo combatiendo hace tanto tiempo, y que tengo que seguir combatiendo mientras exista, sin tener para nada en cuenta la persona que ocupe ese banco.

Para tratar la cuestión de Hacienda del modo sencillo que pienso hacerlo, tengo que recordar lo que se ha hecho en la Hacienda desde que el Congreso dejó de ocuparse de este asunto. Sobre la triste y fea situación de la Hacienda, se han querido correr algunos velos, para ocultarla en parte y para hermosearla a los ojos de la nación. Yo necesito empezar por descorrer dos de estos velos, y por hablar de otro tercero que la hubiera desfigurado mucho, pero que no ha podido correrse.

El primer velo es para mí la cuestión de amortizables y cupones. Yo alqué duramente esa conversión, porque la creía gravosa para el Tesoro, inoportuna é inconveniente. Se aprobó la ley, y empezó a realizarse la conversión, resistiéndose yo no habia podido nunca creer, visto lo beneficioso que era la operación para ellos. Sin embargo, querían sin duda mas ventajas aun; pero comprendiendo que era imposible darselas, se avinieron, no siendo ya la cuestión entonces si se aceptaría ó no la conversión, sino el pintar la aceptación como muy difícil para aparentar luego un gran triunfo con el resultado que forzosamente tenía que obtenerse.

Ya probé yo antes que la cuestión era gravosa; que lo ha sido lo probaré con unos pocos números. ¿Cuántos títulos del 3 por 100 tendrán que emitirse a consecuencia de estas operaciones? Tres mil ciento treinta y tres millones. ¿Qué intereses habrá que pagar? Noventa y cuatro millones. ¿Cuántos desde luego? Ochenta. ¿Cuántos conforme se vaya haciendo la conversión? Catorce.

Antes el país pagaba 18 millones de amortización, y ya no tendrá que pagarlos, y cuando se concluya la operación habrá recibido 69 millones. La diferencia entre estas cantidades y las otras son las ventajas materiales de la operación.

¿Y las ventajas morales? Se decía que iba a fomentar nuestros valores. ¿Qué se ha levantado el crédito? Nada. Hemos hecho, pues, una operación costosísima sin resultado alguno.

Segunda cuestión. Emisión de 500 millones de billetes hipotecarios. Yo combatí la creación de esos billetes, y me alegro de haberlo hecho, aunque en aquella ocasión estuve solo y tuve que consumir dos turnos en contra de la totalidad del proyecto que para crearlos se nos presentó.

Entonces decía yo que cuando nuestro crédito estaba alto sin tener hipoteca especial, el crear unos valores que la tuvieran iba a dañarle. No diré, ni dirá nadie, que toda la baja que han experimentado nuestros fondos sea efecto de esto, pero de seguro le ha perjudicado mucho.

También anunciaba que los billetes no se colocarían bien, porque eran un valor nuevo que necesitaba acreditarse, y así sucedió. Es verdad que el Banco tomó 500 millones; pero esto trajo la crisis metálica que tanto daño nos ha hecho, sobre todo al comercio de Madrid. A pesar de todo que daban otros billetes, y después de muchas discusiones y de muchos disgustos se tuvieron que emitir a 88 por 100; es decir, que se buscó dinero sobre estos billetes con hipoteca especial a 40 por 100, cuando antes de crearlos se pudo buscar sin hipoteca a 6.

Peró al fin los billetes se fueron conociendo y apurando, y llegaron a valer al 96, cuando nuestro 3 por 100 estaba al 96. Entonces se hizo el empréstito Fould, operación que salió mal, porque no podía menos de salir, sin que yo pueda entrar en detalles, toda vez que desconozco la operación a pesar de haber pedido repetidas veces los datos necesarios sobre ella.

Se crearon los nuevos 500 millones de billetes y se supuso también que era muy difícil su colocación, cuando lo natural era que todo el mundo quisiera esos billetes con hipoteca estando nuestro crédito, y por consiguiente todos nuestros demás valores en tal mal estado. No existe, pues, la hazaña que se ha pintado: la operación se ha reducido a tomar 435 millones sacrificando 729 de pagarés de bienes nacionales. ¿Y no era grave, señores, con la perspectiva de un invierno crudo y de

una primavera tinta venir a arrancar del país los capitales que hubieran podido aliviar ó remediar algun tanto los males que sienten, no solo las clases pobres, sino hasta las clases medias del país?

Sin embargo, si este sacrificio se hubiera hecho por obtener grandes resultados, yo no le censuraría; pero se ha consumido este recurso único que teníamos, y la Hacienda ha venido a quedar en un estado tan malo ó peor que tenía antes de hacerlo.

Vamos ahora al tercer velo que se ha querido y no se ha podido correr sobre la situación de la Hacienda. Si se hubiera conseguido, señores, por ese medio alzar nuestros valores, hacer un empréstito y tener dinero abundante y barato, aunque todos los diputados nos hubiéramos empeñado en ello, no hubiéramos podido convencer a nadie de que la situación de la Hacienda no era buena. Por fortuna ó por desgracia no se ha hecho esa operación; pero yo voy a examinarla, porque forma parte del sistema que viene siguiendo el actual Gobierno en la gestión de la Hacienda.

Cuando un hombre ha sido ministro de Hacienda mucho tiempo, no se le debe juzgar por sus palabras, sino por sus hechos. Y ¿qué nos dicen estos respecto al pensamiento del Gobierno? Que se trataba de levantar nuestro crédito para hacer un gran empréstito. Este propósito se revelaba primero en el afán de demostrar que la Hacienda estaba arreglada, a pesar de no haber hecho mas que recargar algunos impuestos y hacer algunas economías; se decía por todas partes que ya no había déficit ó que había uno muy pequeño que desapareciera pronto. Ya que no se podía obtener de aparecería pronto, se quería la alabanza de la victoria, *laudem victoriae*. Y esto se quiere con un propósito equivocado, pero levantado y patriótico.

No bastaba esto, sin embargo, y se hicieron los sacrificios de la conversión de cupones y amortizables, y se anunciaron las promesas que todo conociese respecto a ferro-carriles, que eran otro sacrificio en embrión, pero que tenía el mismo objeto que los demás.

Hecho esto, empezaron los trabajos para alzar nuestro crédito. Yo no conozco al pormenor estos trabajos; conozco lo que hizo la imprenta, que debía tener una gran libertad para discutir esta clase de cuestiones.

Pues bien, la prensa de oposición callaba y su silencio era sólo turbado por los aplausos de la prensa ministerial; los banqueros y los capitalistas hicieron grandes esfuerzos para levantar el crédito, y los periódicos en español, en francés, en inglés, en holandés daban tal incienso a nuestra Hacienda, que yo creo que, aunque pasáramos, se hubiera levantado el precio de nuestros fondos. Así lo indicaba todo: el orden restablecido después de los sucesos de Agosto, la operación de las amortizables, todo en fin. Pero no pudo conseguirse ni pasajeramente: no llegamos al 40 por 100 que se deseaba. El pensamiento financiero fracasó.

Están juzgadas las tres operaciones y la conducta observada en la gestión de nuestra Hacienda. ¿Por qué tantos sacrificios no han dado el resultado que se apetecía?

Nuestros fondos, señores, no subieron porque la realidad en estas materias es más fuerte que las más bien preparadas apariencias, los hechos son más fuertes que las palabras; no basta decir en los periódicos españoles y extranjeros que la Hacienda española estaba en buen estado, era preciso que lo estuviera, y como no lo estaba; tenían que ser inútiles tantos sacrificios y tantas operaciones.

Vamos ahora a ver cuál es hoy el estado del Tesoro, de la deuda, de la Hacienda y del presupuesto en este instante y cuando empiece a regir el nuevo.

Ya habreis visto, señores, los sacrificios que ha costado el obtener 435 millones por los hipotecarios y cerca de otros 400 por la conversión de los anteriores: el resultado de esos sacrificios ha sido que el Tesoro esté debiendo por deuda flotante 1.600 millones y amenazado de verla llegar a 1.900.

La deuda flotante en Francia viene a ser de 1.000 millones de francos; esto, comparando nuestro presupuesto con el francés, viene a dar una equivalencia de 1.000 millones de reales para España; pero allí solo una pequeña parte es exigible, y en España es exigible toda menos 374 millones de depósito necesario.

Y aun prescindiendo de todo eso, ¿no tenemos un artículo en el presupuesto que pide la negociación de 500 millones de billetes hipotecarios; no se mantienen por el actual Sr. Ministro otras autorizaciones que presentó su antecesor solo para mejorar la situación del Tesoro? ¿Quién puede, pues, dudar de que la situación del Tesoro de España es aflictiva hasta mas no poder?

Pues veamos ahora la situación de nuestra deuda. Esta, señores, es la gran dificultad de la administración de la Hacienda; ella nos pone en peligro siempre que hay que pagar un semestre, y es necesario acudir al crédito para satisfacerle.

Señores, aquí se hacen economías que llevan el luto a muchas familias; se hacen aumentos en las contribuciones, que también afligen al contribuyente, y todos los aumentos van a parar a los intereses de la deuda: por este camino, dentro de poco, cuando produzca el país será para la deuda, y seremos una nación de colonos que solo trabajarán para pagar a sus verdaderos dueños, que serán los extranjeros que nos hayan prestado. ¿Cuántos, señores, la importancia de nuestra deuda? En otros países es muy fácil contestar a esta pregunta, pero aquí no; aquí hay intereses de la deuda, amortización, deudas de muchas clases y es muy difícil apreciar su importancia. Yo voy, sin embargo, a tratar de apreciarla para que se sepa de una vez para todas cuál puede ser, fijándose para ello, no en los capitales, sino en el coste anual, que es lo más importante.

Reuniendo lo que consta en su capítulo, los intereses de los billetes hipotecarios y el empréstito Fould, aparece en el presupuesto un gasto de 737 millones de reales. Pero aquí no está calculado el interés de la deuda flotante con más coste que 58 millones al año, y siendo la deuda de 1.900 millones como será dentro de poco, se necesitarán lo menos 95, es decir, 37 más de los presupuestos. Pero yo no tomo más que 90.

Hay que poner además tambien, no solo los 52 millones por que aparecen las inscripciones de corporaciones civiles, sino los que correspondan a 2.533 millones de reales de bienes que se han vendido. Al 6 por 100, importa esta partida 154 millones de reales. Debía, pues, aumentarse en 99; pero aumentando solo en 50, se puede calcular la importancia total de nuestra deuda en 817 millones de reales.

Se me dirá que hay que tener en cuenta que parte de esta deuda es temporal, y que algo de las

partidas son de amortización: pero por gastos hechos y compromisos ya contraídos, la conversión de deudas amontará los intereses, los ferro-carri-les tendrán que percibir todavía algunas obligaciones, las inscripciones de corporaciones civiles tienen que crecer, y la dificultad al consolidarse acrecerá también sus intereses. Todo lo cual hace aumentar su importancia, viniendo a contrabalan-ear aquella disminución.

Hay que atender también a que se han gastado al paso que así se aumentaba la deuda, 2,189 millones de reales de bienes desamortizados del Cle-ro; Estado y sequestrados, que no han influido en el aumento de la deuda.

Si agredamos a esto la amortización de hipotecas, las clases pasivas y las cargas de justicia, tendremos que pagar el año que viene por aten-ciones imprescindibles 1,200 millones de reales.

Al decir esto, señores, recuerdo que en 18 de Enero de 1862, discutiendo los presupuestos, cuando todo el país creía que la situación de la Hacia-da era admirable, decía yo que al fin del año 1867 los intereses de la deuda serían muy grandes y ascenderían a 635 millones de reales. Ved, señores, si me equivocaba mucho. Después en 1864 tuve que hacer un voto particular sobre los presu-puestos, porque pertenecía a la comisión, cosa que me ha sucedido muy rara vez, en atención a que ningún ministro me quiso para ella, y en ese voto dije que ya se iba más de prisa de lo que antes creía, y fijé para fin del año 70 los intereses de la deuda en 869 millones. ¡Ah, señores, cuánto me alegraría de que no fueran más! Pero por desgra-cia, creo que para entonces ó poco después, si he-mos encontrado quien nos preste, apenas podremos pagar esos intereses.

En Francia, señores, los intereses de la deuda han aumentado en los últimos quince años 167 millones de francos, y reduciendo la cuenta a nueve años y medio, que son los que van desde 1.º de Enero de 1859 a 1.º de Julio de 1868, serán 405 millones de francos, ó 400 millones de reales. ¡Nuestra deuda, cuánto ha aumentado en ese período! Desde 330 millones á 817, es decir, 486 millones. Quidam alio, si queréis, pero siempre resultará que siendo nuestra riqueza la cuarta parte de la francesa, habremos aumentado nues-tra deuda cuatro veces más que en igual tiempo se ha aumentado la de aquel país.

Suspending la discusión, se levantó y quedó sobre la mesa el dictamen de la comisión sobre el acta de Carmona y admisión del señor conde de Yu-muri.

El señor PRESIDENTE: Esta noche á las nueve continuará la discusión pendiente.

Se suspende la sesión.

Eran las seis.

SENADO.

Extracto de la sesión celebrada el día 31 de Mar-
zo de 1868.

La sesión se abrió á las dos y media por el señor marqués de Miraflores.

Se aprobó el acta de la anterior.

Se entró en el orden del día y se aprobó sin dis-cusión el proyecto de ley autorizando á la dipu-tación provincial de Albacete para contratar un em-préstito con destino al fomento de las obras públi-cas en aquella provincia.

El Sr. TEJADA preguntó á la mesa qué número de señores senadores era necesario para votar leyes.

El señor PRESIDENTE dispuso que se leyera el artículo 126 del reglamento, y dijo que la mesa, en vista de que en Madrid había 208 senadores, com-prendía que no podía resultar aprobada una ley si no la votaban por lo menos 105 senadores, mitad más uno de aquella cifra.

Se procedió á la aprobación definitiva del pro-yecto de ley de primera enseñanza, y fué aproba-do por 406 votos contra 4 que fueron los de los señores Olivan, Ros de Olano, Escudero é Infante.

Igualmente se aprobó por 110 votos contra el del Sr. Infante, el proyecto creando un distrito electoral en Sangüesa.

Procedió á la aprobación del proyecto fijando un plazo para la conversión de las deudas amorti-zables, y no pudo aprobarse porque solamente to-maron parte 101 senadores.

Se pasó á votar el proyecto autorizando á la di-putación de Albacete para contratar un emprésti-to, y fué aprobado por 109 votos.

Y se levantó la sesión, anunciándose que para la próxima se avisaría á domicilio.

Eran las cuatro.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 4.º DE ABRIL DE 1868.

LA IGNORANCIA.

Hé aquí una de las palabras de mas efecto entre las varias que forman el diccionario de cierta escuela, de la que abusan sus hombres lastimosamente y con la que pretenden explicar y decidir sobre todos los puntos incuestionables. La ignorancia es, según ellos, la causa de todos los males, el mal por excelencia, la plaga de la tier-ra, la remora de todos los progresos, el obstá-culo para todas las reformas y engrandecimientos sociales. Cuantos trastornos y conmociones ocurren en los pueblos reconocen en ella su prin-cipio, y es indudable que cuando el mayor gra-do de ilustración haya podido llegar á todas las clases de la sociedad, los delitos y crímenes dis-minuirán notablemente y se acabarán las guer-ras en que hoy se despedazan á los hombres. La ignorancia es el mal, el único mal en que todos se resumen, dicen. Pero ¿qué es la ignorancia? preguntamos nosotros. ¿Qué se oculta detrás de esa palabra? ¿Cómo en este solo concepto pueden sintetizarse tantos y tan diversos males y ha-llarse contenidos tan varios fenómenos?

A nosotros nos parece que es simplemente un recurso inventado por la triste necesidad de no creer: es ni más ni menos el pobre desahogo de un espíritu fuerte que se desdén de pronunciar estas sublimes palabras: Dios, pecado original con que se iluminan tantos misterios, y quiere dar á todos los problemas soluciones que no re-pugnen á su orgullo. Ciertas gentes de buen tono y que no se dignan mirar á los de abajo desde las alturas de su ilustración, son también las que allí donde nosotros vemos inmundicia, corrup-ción, desórdenes, no encuentran sino una sola cosa, ignorancia. Y dicho se está que si á su ju-icio todo mal procede de la ignorancia, todo re-medio ha de venir necesariamente de la instruc-ción ó propagación de las luces. No es difícil en-contrar algunos antecedentes de este error en filosofía. Desde que formulando la naturaleza del hombre una secta filosófica le definió una *inteli-gencia servida por órganos*, se empezó á consi-derar que nada había más esencial que el enten-

dimiento, y se prescindió por completo de la vo-luntad y de las pasiones. Las consecuencias de este principio, aplicables á la vida práctica, son bien manifiestas. Si el hombre es sólo entendi-miento y todo entendimiento, no hay que diri-gir más que esta sola potencia; de ella proviene todo lo bueno y todo lo malo.

De estas doctrinas son un eco los que solo quieren perfeccionar el entendimiento de los hombres sin curarse de corregir la voluntad, dañada por el desorden de los apetitos sensi-tivos. No estudian por completo la estructura moral de este ser en que todo está tan sabiamente combinado, y cuyas facultades todas desempe-ñan un oficio importante. No, el hombre no es solo entendimiento, sino un ser complejo en sus potencias: el entendimiento es la luz del hom-bre, es una facultad directora, pero ¿á quien alumbra y dirige sino á la voluntad encargada de abrazar el bien luego de conocido?

En el análisis del acto humano se ve á la ima-ginación y á las pasiones ejercitarse bajo la dependencia del entendimiento, es verdad; pero esto es en el orden regular que no siempre se observa, antes muchas veces las pasiones se an-ticipan á la deliberación y ofuscan el entendi-miento, y la voluntad no tiene fuerza para re-sistir su empuje. ¿Quién no sabe la parte que tiene la voluntad en nuestros errores? Para abra-zar el error, no basta que se presente al enten-dimiento en lo falso alguna apariencia de verdad, sino además se requiere que la misma voluntad mueva al entendimiento, y la voluntad es mo-vida por muchos y varios resortes que la hacen mas apetecibles unos juicios que otros.

Luego no estará todo el bien ó el mal del hom-bre en la inteligencia; luego, aunque se perfec-cione el entendimiento todo lo posible, si no le dirigen rectamente las pasiones y se fortalece, la voluntad para el bien, nada se habrá adelanta-do. Es desconocer nuestra propia naturaleza, atribuir un influjo favorable y decisivo sobre las costumbres á la sola cultura del entendimiento. Lo que sucede es que las pasiones extraviadas son la causa de nuestra ignorancia, y este géne-ro de ignorancia es la causa del mal y de la in-felicidad. Por eso hará más bien un misionero en un pueblo que un filántropo, que enseñase á leer y á escribir á todos los vecinos, fundando luego un gabinete de lectura; porque, aparte de la virtud sobrenatural de la palabra divina, aquel, reformando su corazón, aclararía su en-tendimiento; purificando sus costumbres, daría seguridad y lucidez á sus juicios, y haciéndolos vencedores de sí mismos, y de sus malos instin-tos, les infundiría firmeza en sus resoluciones y ánimo decidido para el bien. No hay mas que un camino para moralizar los pueblos. ¡La virtud y la moralidad por la instrucción! Tal intento nunca pasará de ser un sueño propio de los que quisieran borrar todos los puntos negros de la vida con medios humanos.

Mas los que tienen siempre en boca como su-premo recurso esta palabra: la ignorancia, llegan hasta el extremo de interpretar sacrilegamente el soberano misterio de la Redención, diciendo que Jesucristo vino á redimir al mundo de la es-clavitud, de la ignorancia.

¿Qué se quiere decir con esto? ¿Que antes de Jesucristo estaba sepultado el mundo en las ti-nieblas del error, y que fué preciso que el Divi-no Maestro trajera á los hombres la luz para que se dirigiesen por los caminos de la vida? Todos lo sabemos; pero la ignorancia que vino á des-truir era la ignorancia del corazón: los entendi-mientos depravados por la sensualidad y prosti-tuidos por la concupiscencia andaban perdidos sin encontrar la verdad hasta que el Hombre-Dios los sanó y purificó, elevándolos á su ver-dadero objeto y señalándoles el vasto y magní-fico horizonte en que habían de desplegarse.

Para la propagación de su doctrina eligió doce pescadores ignorantes, y en sus discípulos, como en cuantos elevaba al conocimiento de aquella filosofía del cielo, sólo exigía un espíritu sencillo y un corazón recto. No, no era la esclavitud de la ignorancia aquella en que gemían los mortales, sino la esclavitud de la soberbia y del orgullo, la esclavitud de los sentidos y de los apetitos gro-seros, porque el mundo pagano no tenía ningún principio bastante alto y poderoso que sacara á la naturaleza humana del abismo de su postraci-on y bajeza. Jesucristo al presentarse entre los sabios y doctores no les dijo precisamente que eran ignorantes, sino que su ciencia era incompleta, vana y estéril, entre otras cosas porque era una ciencia sin obras, una ciencia sin amor.

Así El, como luego que había de abrazar toda la tierra, comenzó á obrar y á enseñar, *capit facere et docere*, nótese bien, obrando primero porque era lo que más falta hacía. El mundo agostado por el egoísmo reclamaba el celestial rocío de la caridad, y esta sublime virtud fué la primera que enseñó nuestro Salvador con su ejemplo. En los liceos y academias de Grecia y Roma había sabiduría, pero una sabiduría tan presuntuosa como fútil, y de ellos no podía salir la moral puramente divina que enseñaba el perdón de las injurias, el amor á los enemi-gos, el desprendimiento de los bienes materiales y la predilección por los pequeños, los pobres y abandonados. La ignorancia de la gentilidad procedía en gran parte de la soberbia del enten-dimiento: aquella pretendida ciencia, patrimo-nio de unos pocos, fué sustituida y eclipsada por la ciencia de la humildad, la ciencia de los santos que estaría al alcance de todos, grandes y pequeños. Seguramente no es esta la ignoran-cia á que alude la escuela que combatimos: á través de la vaguedad con que se expresa se trasluce un cristianismo falseado, una religión

cómoda que halaga el amor propio y el orgullo de la razón humana, una ciencia que está muy lejos de ser la ciencia de la Cruz. No manifes-tándose las ideas en términos precisos y concre-tos, no es fácil entenderse; pero por de pronto diremos que la ignorancia en absoluto no es el mayor mal; la ignorancia religiosa lo es muy grande, porque las creencias religiosas son la única base de la felicidad y progreso de los pueblos.

Reprensible es en general la ignorancia y na-die la condena con más fuerza que nosotros; pe-ro no somos tan sistemáticos que la hagamos res-ponsable de todos los males cuando hay muchos que conocidamente tienen otras causas. La igno-rancia en materias de religión sí que es de la-mentar en todas las clases. Porque ¿quién duda que se puede ser un sabio en las ciencias huma-nas y un ignorante miserable y digno de com-pasión en la ciencia de Dios y del alma? El fa-moso Arago en sus últimos momentos se aver-gonzaba de su ignorancia en el asunto de la eternidad. No hay que temer los estragos de esa ignorancia que vagamente se indica y que pue-de ser la ausencia ó poca extensión de los cono-cimientos científicos ó de la cultura social. Lo que hay que temer es la ignorancia de los prin-cipios religiosos, sin los que la sociedad no tiene más que un barniz de civilización; esa ignoran-cia que rebaja al hombre al nivel de los brutos, apagando sus aspiraciones hacia lo bueno y lo bello, y perverte y endurece su corazón. La ignorancia se halla desgraciadamente en la clase obrera y proletaria, en las aldeas y caseríos, pe-ro existe también y en proporciones desconsola-doras en los centros civilizadores, y se observa en personas tenidas por doctas y que presumen de ilustración. Llámese, pues, á cada cosa por su nombre; distingase entre los efectos de una ignorancia y los de otra; foméntese la buena y sólida instrucción; nunca se hará con tanta soli-citud y constancia como lo hace la Iglesia, la cual no se opone á la ciencia, sino á la poca ciencia. Pero que la sabiduría que se propaga no sea la falsa y corruptora, sino la que se funda en el te-mor de Dios, única que puede hacer dichosos á los hombres en todos los estados y condiciones.

R. CANO.

Si como llueven sobre España planes econó-micos, recursos y proyectos para el completo arreglo de la Hacienda, cayera del cielo el agua que necesitan nuestros campos, podíamos es-perar ogaño magnífica cosecha.

En efecto, la fecundidad de hacendistas es pasmosa entre nosotros. En folletos, en periódicos, en ateneos, sin hablar de otros sitios más respetables, los cafés por ejemplo, bullen planes y proyectos, y hormiguean ministros de Hacia-da *in fieri*, que en un dos por tres nivelan los gastos con los ingresos, extinguen la deuda flo-tante y aun la perpetua, y si los apuramos mu-cho hasta las contribuciones. Si nuestra hacien-da está enferma, no tiene que quejarse de falta de médicos. Podría perecer por sobre de facultati-vos, ó si se quiere de curanderos, pero tendría el consuelo de morir bien recetada.

Sería curiosa una estadística de todos los gas-tos que se suprimen y de todas las contribucio-nes que desaparecen en boca de los charlatanes hacendistas de nuestra época. Sin haber llevado la cuenta, y fiándonos de nuestra memoria, casi podemos asegurar que el resultado de la enume-ración de los gastos y contribuciones suprimi-dos se aproximan mucho al siguiente: gastos ninguno; contribuciones, cero.

Mas no sabemos si habrán reparado nuestros lectores en una cosa que á nosotros por lo me-nos nos llama sobremana la atención, á saber: en la falta de astros de primera magnitud, en medio de esas nebulosas que están iluminando nuestro hemisferio financiero.

Todo el mundo habla hoy de Hacienda; todo el mundo tiene hoy su plan de Hacienda; pero los hombres de más peso y autoridad en estas materias, aquellos que más competentemente pudieran tratar la cuestión de Hacienda, guardan silencio. Quizá la razón de su mudéz particular está en la locuacidad universal. Cuando invaden la escena los Comellas, los Calderones tienen vergüenza de presentarse en el teatro.

Este fenómeno no es nuevo en España. En otras épocas de decadencia y de apuros pulu-laban también los remedidores de nuestros ma-les; pero entonces no se llamaban periodistas, ni hacendistas; se llamaban arbitristas. Los in-dividuos son distintos, pero la especie es la misma. Como hoy escriben artículos, ayer es-cribían arbitrios. Estos eran del tenor siguiente: «Mande Vuestra majestad que todos sus vasallos ayunen un día y entreguen al Erario lo que ha-bían de gastar en comer dicho día, y solo con eso se habrá salido de apuros.» O de otro modo: hay un déficit de 300 millones; pues suprimanse 300 millones de gastos, y quedan nivelados los gastos y los ingresos. La cuenta es cabal.

Pero ¿cómo se suprimen esos gastos? Ahí está, no la cuenta, sino el cuento.

Para nosotros, y creemos que para todo el mundo, es axiomático que, sin alterarse el siste-ma político, no puede alterarse profundamente el orden económico. ¿Cómo, pues, los que no quie-ren tocar á la política proponen formalmente tan graves modificaciones en la Hacienda? No lo con-cebimos.

Uno de los grandes recursos económicos de nuestros reformadores es la descentralización. Nosotros lo creemos así; pero creemos igualmen-te que considerada la descentralización como re-curso inmediato de economías es completamen-te ilusorio. ¿Quién es el hombre de gobierno que para Julio próximo, en que han de principiar á

regir los nuevos presupuestos, se atreve á des-centralizar lo que se necesita para que la des-centralización produzca grandes economías? Ninguno.

Nadie nos aventaja en deseos de dar vida pro-pia á la familia, al municipio, á la provincia: creemos que nadie irá más lejos que nosotros en este punto. Nuestra oposición á la enseñanza obligatoria es un capítulo de nuestro sistema de descentralización: nuestra doctrina sobre liber-tad de enseñar, otro capítulo, y de estos pensa-mientos pudieramos trazar un índice muy largo. Pero si por un imposible, si por la más aventurada y desventurada de todas las hipótesis, el día 1.º de Julio próximo nos viésemos obligados á dirigir las riendas del gobierno, ¿plantearíamos de repente nuestro sistema de descentralización? Locura fuera imaginarlo. La descentralización completa y repentina sería hoy el triunfo instantáneo de la revolución. La descentralización tiene que ha-cerse poco á poco, como se ha hecho la centrali-zación. Para descentralizar se necesita el con-curso decidido de todos los hombres de orden, y estos no saldrán de su apatía, de su desdenosa indiferencia mientras no tengan la seguridad de ser apoyados y sostenidos á la vez por un Go-bierno estable, y que les inspire plena confian-za. ¿Para qué descentralizar si no?

¿Para que el mando de los pueblos, la admi-nistración vaya á parar á manos de los más au-daces que por lo regular son los mas revoltosos? Eso no. Para este resultado, incomparablemente mejor está la administración en el gobierno.

Pues bien; como recurso económico inmedia-to, para el año económico entrante, para el próximo ejercicio, la descentralización es de cortos, de insignificantes resultados.

Venimos, pues, á parar á nuestra verdad fun-damental: la fuente principal de las economías y del orden en la hacienda está en el orden po-lítico.

Por eso nos dá lástima el Sr. Moyano cuando quiere llevar á cabo su plan de economías, uno de cuyos artículos es la disminución del presu-puesto eclesiástico. Parece imposible que tal idea se le haya ocurrido á quien no debe ignorar que sin Clero suficiente no puede haber morali-dad, que sin moralidad no puede haber orden, ni sin orden economías.

No hay quien ignore que las relaciones mate-riales de la vida social se verifican por medio del cambio de servicios que mutuamente se prestan los hombres. No hay tampoco quien ig-nore que este cambio tiene tres aspectos distin-tos: la compra-venta, el préstamo gratuito y con interés, el arriendo de fincas y servicios de toda clase. En la compra-venta (comprendiendo en ella la permuta), hay una cosa que se enajena por una cantidad que se llama precio: en el préstamo hay, por regla general, un capital y un interés; en el arriendo hay ó una cosa y una merced, ó un servicio y un salario ó honorario, según sea material ó liberal el servicio que se preste.

La moral católica, que comprende al hombre entero, que tiene una jurisdicción universal so-bre las acciones humanas, ordena esas formas del social comercio de un modo permanente y sapientísimo, y establece preceptos cuya infrac-ción produce bien pronto la perturbación de los individuos y de las sociedades. Comprendiendo esto los legisladores antiguos y conociendo mejor al hombre que los modernos, en todos sus códi-gos consignaron aquellos preceptos y dieron re-glas encaminadas al exacto cumplimiento de los mismos.

No hay colección legal, desde Constantino hasta la revolución francesa, y aun en los bue-nos tiempos de Roma pagana, en que no se es-tablezca el principio moral de que el precio en la compra-venta, el interés en el préstamo, la merced, el salario y honorario en los arrenda-mientos de cosas y servicios sean justos, y no hay tampoco en la larga serie de siglos que in-dicamos Código donde no se den reglas para hacer efectiva esa justicia.

Hoy no sucede así: al espíritu católico se ha sobrepujado esta legislación, y en las costum-bres el espíritu moderno; á la moral la economía política, y el interés se ha erigido en regla su-prema de toda relación social. Para dar rienda suelta al interés, al egoísmo, á la ambición, y para legítimar sus manifestaciones, la economía política ha principiado por sentar como base de toda relación social la libertad absoluta, y como ley de todo comercio entre los hombres la má-xima de que la oferta y la demanda es lo único que debe fijar el precio de las cosas y servicios. Y cuando estas auras han cruzado la atmósfera de los pueblos, sus legisladores han suprimido de los Códigos la tasa del interés en los presta-mos, y todas las clases se han regido en lo de-más por los demás preceptos de esa funesta máxima.

Entonces ya no se pudo esperar que el pre-stamista se contentara con un interés moral, que el vendedor enagenara su cosa por un precio justo, y que el obrero de la inteligencia ó de las manos prestara servicios á cambio de una retri-bución equitativa. Entonces la moral y la justi-cia se olvidaron y no hubo en los hombres más móvil que la ambición; el deseo de explotarse mutuamente; y todo quedó á merced de las cir-cunstancias y segunestas fueron favorables al ca-pitalista, al vendedor, al arrendador, ó al mu-tuario, al obrero y al arrendatario, así fueron explotados aquellos por estos ó vice-versa. ¿No es esto lo que acontece en las sociedades mode-rnas? Claro está que los resultados que esto ha-bía de producir debían ser funestos. Sin embar-go, la economía política, unas veces oponiendo-

se á la moral, otras declarándose independiente de ella y otras considerándose como la suprema ciencia moral, predicó sus teorías, asegurando que la práctica de ellas iba á hacer feliz al gé-nero humano y á convertir al mundo en un Pa-raíso.

Si hay alguien que aun tenga la ilusión de los economistas, creemos que el estado social que atraviesa Europa, debe hacer desaparecer aque-lla ilusión. ¿Cuándo, en qué siglo, mientras el espíritu católico ha informado á las sociedades, se han encontrado los pueblos (católicos se en-tiende) en la situación en que se hallan hoy los de Europa?

Concretándonos por ahora á la cuestión del salario ¿cuándo, en qué siglo se han conocido esos tumultos socialistas que con bastante fre-cuencia ponen en grave aprieto á los capitalistas y á los pueblos? Nunca. Y no hay quien pueda fundadamente negarnos que la economía política es la causa de esos males. Lo que ha sucedido en las minas de Charleroi nos lo demuestra.

Extrañase *La Nueva Iberia* de que los diarios neo-católicos no hayan dicho una palabra siquie-ra sobre el empréstito ultramarino, y deduce de aquí que á nosotros nos interesa muy poco lo que es tan importante para el país.

Y sin embargo, nuestro silencio ha sido más acertado que la elocuencia de los periódicos li-berales, los cuales han desenterrado datos afano-samente, han discutido, se han agitado, ¿para qué? para averiguar lo que costaba el emprésti-to, averiguación que se ha hecho á duras penas, después de congojas y sudores.

Y tanto ruido para demostrar que no se sabe echar una cuenta!

Sabemos que el Renacimiento es anterior á Lutero, amigo *Universal*; no ignoramos que vino preparándose con el estudio de los filósofos poetas y artistas paganos que comenzaron á hacer-se de moda en las escuelas en el siglo XV, y que se conocían bastante en los siglos anteriores. Pero el soplo del protestantismo promovió el in-cendio contra todo lo de la Edad Media, é hizo del Renacimiento, ya de por sí dañoso, aunque capaz de ser purificado, una arma terrible con-tra la fe y la ciencia y el arte católicos. Los au-tores y artistas paganos se estudiaban antes de Lutero, se conocían en la Edad Media, (lo cual prueba la ilustración de aquella edad) pero se conocían y estudiaban como concio y estudió Santo Tomás á Aristóteles, tomando de ellos lo que pudiera servir para el cristianismo.

Desde que se proclamó la libertad de pensar, el Renacimiento desarrolló de una manera espantosa el espíritu pagano, llevando á la región de la ciencia lo que en el arte no había pasado aun de ser una forma, que nosotros no acepta-mos, pero que tal vez se hubiera corregido sin la influencia protestante que elevó al paganismo á la categoría de religión admisible en teoría y en práctica, como hija del libro pensa-miento.

Es falso, pues, de todo punto lo que dice *El Universal* en las siguientes líneas:

«Pero hay más, querido colega; Lutero, Calvi-no, Marx, Knox, todos los reformistas, los ene-migos todos de Roma son anti-artistas, anti-an-tropomorfistas, enemigos del paganismo, enemigos fanáticos del Renacimiento.»

Lutero, Calvino, Zuinglio, Melancthon, Teo-doro de Beza y todos los jefes del protestantis-mo, no solamente no fueron enemigos del Renacimiento, sino que fueron fanáticos adoradores del paganismo y mortales enemigos de la esco-lástica y de la Edad Media. Todos ellos se edu-caron en el clasicismo pagano, y todos ellos ajus-taron su vida práctica á las doctrinas de la an-tigüedad: la más asquerosa corrupción de cos-tumbres, el desenfreno de las pasiones más hediondas, *renacidas* al propio tiempo que el cul-to artístico á los ídolos y el culto científico á los filósofos antiguos, fué lo que distinguió á los jefes del protestantismo. Así que el Renacimiento antes de la Reforma era un grave peligro para la sociedad, porque tendía á la dedicación del hombre; pero no hubiera de fijo dado tan amar-gos frutos sin la rebelión de Lutero, el cual apli-có á su vida, como hicieron también sus disci-pulos, todas las liviandades, todo el orgullo, todo lo que llamamos dedicación del hombre y de la carne que formaban el espíritu del paga-nismo.

Muchos católicos ¿quién lo duda? eran entusiastas de la antigüedad gentilica: entre ellos reinaba este entusiasmo artístico del cual nosotros, pen-sando como hoy pensamos, no hubiéramos parti-cipado: esos mismos elevados personajes que cita *El Universal*, tuvieron en nuestro concepto la debilidad de enamorarse demasiado de las for-mas, olvidando que debajo de la forma se oculta siempre el espíritu más ó menos fecundo. Crea *El Universal* que nosotros no hubiéramos dado saltos de alegría por el desentramamiento de la estatua de Lucrecia, ni hubiéramos ido por las calles en procesión tras el brazo de un famoso Hércules. Y crea también que estos ex-tremos, elevados por el protestantismo á la ca-tegoría de doctrinas filosóficas, políticas y socia-les, han sido causa de ese vicio que censuramos al principio de nuestra polémica; la dedicación del hombre por medio de la estatuaría en ge-neral, por medio del arte y de la filosofía.

Dice *Las Novedades*, aludiendo á Italia, que los neos no hemos previsto de lo que es capaz un pueblo que aspira á una restauración completa y que trabaja en la obra gloriosa del porvenir, de la libertad y el progreso.

Difícilillo era preverlo, á juzgar por las si-guientes líneas que escribe hoy *El Universal*:

«Hemos dicho en nuestros artículos anteriores que desde la muerte del célebre conde de Cavour... todos los ministerios que se han sucedido rivali-zaron en la prosecución de un sistema que abruma-ba al pueblo con empréstitos, contribuciones excesi-vas y escandalosos despilfarros, consentidos y autorizados por las mayorías regimientadas del Parlamento.»

Consuélese, pues, *Las Novedades*; si á los neos ha faltado prevision, franqueza de sobre tiene *El Universal* para referir á su colega las haza-ñas de que es capaz un pueblo que aspira á una restauración completa y trabaja en la obra glo-riosa del porvenir, de la libertad y el progreso. ¿Porvenir de hambre y progreso en ganas de comer!

En un conato de artículo publicado por *El Universal* leemos lo siguiente:

«El secreto de la libertad es ilustrar á los hom-bres, y el del despotismo embrutecerlos.»

Y tan guardado tiene el secreto la libertad moderna, que nadie se lo ha arrancado todavía.

Ayer hubo por primera vez sesión en el Congreso de diputados de nueve a doce de la noche.

El Sr. Polo continuó el discurso que comenzó a pronunciar en la sesión de la tarde, y le contestó el Sr. Mayo a nombre de la comisión.

Al abrirse la sesión no había en el banco azul ningún señor ministro, y el Sr. Polo se quejó de la ausencia del Gobierno tratándose de una discusión tan importante como la de presupuestos, y manifestó que esa ausencia significaba que el ministerio trata con desden al Congreso.

Esto dio lugar a un incidente parlamentario. Cuando el Sr. Polo concluyó de hablar, se hallaban ya en el banco azul los ministros de la Gobernación, de Hacienda, de Ultramar y de Marina; y el Sr. González Brabo rechazó a nombre del Gobierno las acusaciones que el señor Polo hizo al ministerio calificando al diputado valenciano de ligero. El Sr. Polo rechazó a su vez esta calificación aplicándosela al señor ministro de la Gobernación insistiendo en formular las quejas con que principió su discurso. El Sr. González Brabo replicó nuevamente y nuevamente principió a replicar el Sr. Polo, pero se sentó, accediendo, según dijo, a las indicaciones del señor presidente del Congreso. Entonces el ministro de la Gobernación interrogó al Congreso si estaba en la persuasión de que el Gobierno le trataba con desden y como varios señores de la mayoría contestaron negativamente, terminó diciendo que a las infundadas recriminaciones del Sr. Polo oponía las manifestaciones del Congreso.

Leemos en El Universal:

«En la Cámara alta francesa ha presentado un senador un informe, pidiendo, al decir de los periódicos de París, la libertad de enseñanza superior. Esta petición es de origen clerical y tiene por objeto reclamar la libertad, como único medio de combatir la propagación de ciertas doctrinas medicas que tienden al materialismo.»

Reum confitentem habemus. Es decir, que los clérigos aceptan la libertad como una arma defensiva, si bien la abominan como arma ofensiva en manos de sus adversarios.

[Lógica de neo-católicos!]

«Quiéren conocer nuestros lectores el hecho a que se refiere El Universal y que tanto le ha escandalizado? Pues sirvanse pasar los ojos por la siguiente correspondencia de París que pinta con tanto vivos colores el estado de ciertas facultades en las «escuelas» superiores francesas. Aquí verán a dónde llega la perversión de la inteligencia humana cuando se declara independiente de las primeras verdades conocidas en todos los países, en todos los tiempos, en todas las religiones. ¡Estaba reservado a nuestra época hundir el entendimiento humano en tan espantosa degradación!

Dice así la correspondencia mencionada, que tomamos de un periódico:

Se ha presentado al Senado una exposición referente a una cuestión muy importante, y es la relativa a la libertad de la enseñanza superior, como único remedio a la propagación de las funestas doctrinas que se vierten cada vez en las cátedras de nuestras facultades oficiales y en las escuelas del Estado.

La exposición dirigida al Senado por un grupo de católicos y acompañada de miles de firmas, cita hechos sumamente graves y característicos. Así es que un catedrático de la facultad de medicina enseña que la sustancia nerviosa tiene por propie-

dad el pensamiento; y que cuando la primera muere, el segundo no encuentra una segunda vida en un mundo mejor. «La materia es el dios de la ciencia, ha dicho un profesor; si el hombre tiene un alma, también la tiene el mono.»

Podría hacer otras muchas citas, pues sólo tendría el trabajo de la elección. Me limito a citar un hecho, mas significativo que todos los demás, y que el Ilmo. señor Obispo de Orleans señala con justa indignación en su último escrito sobre la educación de los niños, y que se cita con energía en la exposición dirigida al Senado.

Trátase de una tesis absolutamente materialista, descaradamente negativa de toda idea religiosa y moral, sostenida ante la facultad de medicina, aceptada por los catedráticos y coronada con el grado de doctor conferido a su autor. Quisiera darle a Vd. idea de esa tesis que ha sido causa de escándalos, manifestando a los más obsecados el punto a que ha llegado la enseñanza materialista y atea que Mr. Duruy favorece.

Después de haber tratado de establecer que el libre albedrío, tal como lo conciben los teólogos y los filósofos, no puede servir de base lógica a las leyes penales, después de haber hablado de la acción corrosiva del cristianismo, el joven autor examina como el libre albedrío, «esa propiedad de la materia organizada, debe ser comprendida en la ciencia experimental.» «Cuando la materia pasa del estado bruto al estado organizado, queda en aptitud para manifestar nuevas propiedades; y de esas nuevas propiedades del organismo, que el autor analiza anatómicamente, resulta, según él, «su no libertad, la necesidad de sus actos como derivación directa del estado medio y del estado orgánico.» «¿Quién viene todavía, dice, a hablar-nos de libertad? Así como la piedra que cae obedece a la ley de la gravedad, el hombre obedece a leyes que le son propias, y la responsabilidad moral es nula.»

Mas adelante el autor añade que los desgraciados que se hallan en nuestros presidios, no están allí por culpa suya, y que no han hecho más que sufrir las condiciones de su naturaleza.—De aquí se sigue que todo el sistema de nuestras leyes penales, que se funda en la idea admitida por todos de la responsabilidad, no puede subsistir por mas tiempo. Tales son las últimas palabras de la tesis.

Así pues, negación del libre albedrío y del alma, ataque radical a la religión y a las leyes, y como conclusión final, necesidad de una transformación absoluta del orden social, en una palabra, todas las doctrinas positivistas, con sus aplicaciones revolucionarias, en conformidad a esas palabras de un jefe de escuela: «Un nuevo estado mental llama a un nuevo estado social;» he aquí la tesis sostenida públicamente en París, con el beneplácito de las autoridades competentes, sin haber suscitado objeción alguna de parte de la facultad de medicina, y premiada, como he dicho, con el doctorado.

El gobierno ha aplazado hasta ahora el examen de la exposición que denuncia al Senado esos escándalos y esas alarmantes doctrinas, a fin de dar a Mr. Duruy tiempo de preparar explicaciones y una defensa que el ponente del Senado Mr. Chaix d'Est Ange está encargado de presentar.

Por lo que respecta a las palabras copiadas de las explicaciones de los catedráticos, Mr. Duruy niega su exactitud, medio cómodo de la tesis, pero poco concluyente. En cuanto al hecho de la tesis, que no puede negarse, el ministro anula el grado conferido; resuelve que el candidato habrá de defende la tesis, y condena al profesor que la firmó y aprobó bajo pena de... una reprobación.

Todo esto ha parecido bastante al ponente del Senado, quien ha terminado pidiendo que se votara sin alteración la orden del día. El alto cuerpo, cuyas vacaciones principian hoy, ha decidido discutir la cuestión después de Pascuas, y el Cardenal Arzobispo de Burdeos ha manifestado su propósito de hacer uso de la palabra tocante a ella. Ese debate promete ser interesante, y por lo mismo no me olvidaré de comunicar a Vd. su resultado.»

Por real decreto que publica hoy el periódico oficial se dispone que se entienda siempre unida

a la jerarquía de capitán general de la Armada la calidad de caballero gran cruz de la orden de Mérito naval.

La Gaceta publica hoy la real orden siguiente: «Ilmo. Sr.: La Reina (Q. D. G.) se ha dignado mandar que se permita la exportación a Canarias del trigo, maíz, cebada, centeno, harinas, arroz y patatas, comprendidos en el real decreto de 1.º del corriente; pero que a fin de evitar los abusos que podrían cometerse a la sombra de esta concesión, se incluya en los registros con que dichos artículos se conduzcan, oficio cerrado para el gobernador de las referidas islas para que no permita su exportación al extranjero, y exigiendo obligación a los cargadores hasta que dicha autoridad avise la llegada y certifique ser para el consumo de las mismas.

De real orden lo digo a V. I. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 18 de Marzo de 1868. —Ocaña.—Señor director general de impuestos indirectos.

La suscripción para Filipinas y Puerto-Rico asciende a 177.195.912 escudos.

En la subasta celebrada el día 30 de Marzo para la adquisición de créditos de la Deuda del Tesoro, procedente del material no preferente, se adquirieron 25.000 rs. nominales al cambio de 99,99.

Ayer tarde se reunió la comisión del Congreso que entiende en el proyecto de ley sobre Banco territorial, para oír al Sr. Barnola, comisionado de Barcelona para tratar de este asunto.

Hoy y mañana celebrará esta comisión las dos sesiones públicas que autoriza el reglamento. Como nuestros lectores habrán visto ayer se trató de los trabajos de esta comisión en el Congreso. A pesar de todo, ayer se decía que el Gobierno presentaría un nuevo proyecto sobre este asunto.

Hé aquí ahora las actas de las reuniones celebradas por dicha comisión desde su nombramiento:

«Sesión del día 20. Mombamiento de presidente, al Sr. Herreros, y secretario al conde de Torreno. Acuerdo para pedir al Gobierno varios documentos.

Sesión del 21. El señor ministro de Hacienda que había avisado que asistiría, manifestó que reproducía las manifestaciones que en la sesión pública del 10, había tenido la honra de hacer, para rogar al Congreso que se sirviera tomarla en consideración; pero que en vista del resultado que había ofrecido la votación del día anterior, contraria a los candidatos ministeriales, no podía menos de considerarlo como un asunto político; y que atendida la gran importancia que esto tenía, colocaba al Gobierno en la necesidad de hacerla cuestión de Gabinete, sosteniendo la proposición en los términos en que estaba redactada, por lo que suplicaba a la comisión la hiciese suya conforme a los deseos del Gobierno.

El Sr. Herreros, como presidente, contestó al señor ministro que interpretando los sentimientos de todos los señores de la comisión, estaba muy distante de su ánimo el apreciar este asunto en los términos que acababa de hacerlo el señor ministro, no llevándole otro objeto que el de estudiar este negocio para formar completo juicio toda vez que se terciaba en ello la conveniencia del país, por lo que desde el primer momento se habían apresurado a reclamar del Gobierno de su majestad los documentos que a su propósito convenían.

Que si el gobierno lo estimaba de otra manera, el Congreso, teniendo en cuenta la declaración hecha el día anterior de que la aceptaba en principio, había admitido la proposición y nombrado la comisión en el mismo concepto. Que bajo este punto de vista consideraba el asunto y continuaria examinándolo para proponer al Congreso lo que creyesse mas conveniente al país.

El Sr. DANYILA preguntó al señor ministro si tenía ó no formado juicio sobre el particular y si

en su departamento existía algún trabajo ó proyecto concreto y determinado sobre crédito territorial, a lo que contestó S. E. negativamente.

El señor ministro, después de ofrecer a la comisión que remitiría todos los datos que fuesen posibles, se retiró para dejarla en completa libertad de acción.

Se acordó continuar reuniéndose la comisión y estudiar el proyecto, citándose para el día siguiente.

Tercera sesión. No habiéndose aun remitido por el gobierno los documentos que se habían reclamado a diversos departamentos, se acordó pedir al Senado el proyecto de ley presentado en aquel cuerpo referente a un Banco único de crédito territorial y cuantos antecedentes existiesen en la secretaría del mismo acerca del particular.

Se acordó volverse a reunir cuando se recibieran algunos de los datos pedidos.

Cuarta sesión. Se dio cuenta de que el Senado había remitido el proyecto que le había sido reclamado y 40 exposiciones dirigidas a aquel cuerpo, unos antecedentes que existen en el mismo.

Se dio cuenta de que, según comunicación del señor ministro de Gracia y Justicia, no existían en su departamento otros datos referentes a la deuda hipotecaria que los que se han consignado en la estadística del registro de la propiedad de los años 63, 64 y 65 y los que se expresaban en la nota que enviaba relativos al año 66, limitándose respecto a los que de la comisión de códigos se le habían pedido, a remitir siete ejemplares del proyecto de ley adicional a la hipotecaria, con la exposición de sus motivos.

Entrada la comisión de la contestación del señor ministro de Hacienda, en que manifestaba que por no existir debidamente formalizado no podía remitir el expediente de creación del Banco, se acordó reproducir a S. E. los deseos de la comisión para que, si lo tuviese a bien, facilitase los datos que indicaba existir en su ministerio, y muy en particular un dictamen del Consejo de Estado y los documentos que lo motivaron.

Se acordó reunirse el jueves 26 y citar al señor D. Felipe Bertran.

Quinta reunión. Asistió el Sr. Bertran y espuso los inconvenientes que a juicio suyo tenía la proposición que se discutía, y esplanó su pensamiento de cómo debía plantearse el Banco hipotecario, entendiendo en varias consideraciones.

Se acordó reclamar a la Sociedad Económica Matritense la exposición que en 1864 dirigió al Senado con motivo del proyecto de Banco, presentado al mismo.

El Sr. Danvila, a quien la comisión había nombrado para el estudio del expediente remitido por el Senado, dio cuenta de haberlo examinado detenidamente, y de que las cuatro exposiciones que la forman lo son de diferentes provincias de España contra el pensamiento de la creación de un Banco único de crédito territorial; habiendo quedado enterada la comisión.

No habiendo remitido el señor ministro de Hacienda los documentos que ultimamente le fueron pedidos, ni manifestado que haya inconveniente en verificarlo, se acordó rogar de nuevo a S. E., que tenga a bien determinar sobre esto para no detener mas los trabajos de la comisión.

Igualmente se acordó, y por unanimidad con el mismo deseo, convocar a las dos sesiones que permite el reglamento en su art. 68, para que concurran los señores diputados que gusten a ilustrarla, y que estas sesiones sean mañana 1.º y siguiente día 2 de Abril, a las ocho de la noche, en la sala de presupuestos, poniéndose desde luego en la tabla el anuncio correspondiente, con lo que se levantó la sesión de este día.

Estas actas se publican íntegras en el Diario de Sesiones del Congreso, por haberse así acordado en la de hoy.

CORREO DE HOY.

DISTURBIOS DE CHARLEROY.

Un despacho telegráfico fechado en Bruselas el 29 de Marzo, dice que el ministro del Interior en Bél-

gica iba a dirigir a los gobiernos de las provincias una circular a propósito de los disturbios de Charleroy, y que se anunciaban grandes reuniones de obreros el mismo día 29 en las provincias de Hainaut y de Namur.

Otro despacho fechado en Charleroy el mismo día, participa que se había prohibido la aglomeración de mas de 15 personas en todos los pueblos próximos a las minas.

En una carta que de Charleroy escriben el domingo por la mañana a la Independencia belga, se afirma que el día 28, sábado, pasó mas tranquilo que los precedentes, y que circulaba el rumor de que los amotinados se habían dirigido armados hacia las minas de carbon de piedra de Banlet, donde habían cometido varios desmanes.

El autor de la carta dice que circulan otras varias noticias contradictorias, y que por averiguar la verdad marchó a Banlet. Refiere que en el camino encontró varias tropas en actitud bélica, pero que así en Banlet como en otros puntos que visitó reinaba completa tranquilidad.

«Cuando volví a Charleroy, dice el corresponsal de la Independencia belga, que serían las nueve de la mañana, supe que en Chatelet hubo algunos desórdenes; la caballería mandada por el conde de Fiquelmont rechazó a la multitud é hizo cuatro prisioneros, que fueron trasladados a Charleroy.»

El domingo, según el mismo corresponsal, llegó a Charleroy un escuadrón de cazadores y se esperaba que pasaría el día con tranquilidad; pero a la vez se decía que los alborotadores se habían dado una cita general para el lunes.

Varios telegramas comunicados de Charleroy el día 28, confirman las anteriores noticias, y uno de ellos añade que los amotinados se limitaban a recorrer el país, y que de las cargas de caballería que sufrieron en Chatelet resultaron algunos heridos.

El Journal de Charleroy confirma todo lo que dicen los anteriores despachos.

ULTIMA HORA.

Telegramas de El Pensamiento Español (Agencia Havas-Bullier.)

Nueva York, 21.

Una carta publicada por el ministro de Hacienda dice que si se llega a aprobar el proyecto para la abolición del impuesto interior sobre las fábricas americanas, los ingresos del presupuesto disminuirán en cien millones de dólares, y será muy difícil pagar los intereses de la deuda pública y hacer frente a los gastos del Estado.

Las últimas noticias de Haití dicen que el ejército de Salnave ha disuelto el ejército de Balta, cerca del cabo Haitiano.

Florescia, 31.

Ha sido aprobada por la Cámara una reducción de 30 millones de francos en los presupuestos de Guerra y Marina.

París 31 (por la noche).

El «Constitutionnel» de hoy confirma que no será disuelto el Cuerpo legislativo.

La «Patrie» y «Le Temps» dicen que la salud del Sumo Pontífice inspira inquietud.

La «Patrie» desmiente la noticia que ha circulado sobre que Duruy debía salir del Gabinete.

París, 31.

4 1/2 por 100 int. esp., 38.
3 por 100 franceses 69,40.
4 1/2 por 100 99,45.

Londres 31.

Consolidado 93 1/8.

NOTICIAS GENERALES.

A la iglesia de Ayamonte se la han concedido para su reparación 800 escudos y 300 a la de Valclara.

decir, sobre el inmovilismo de la unidad religiosa. Aquí, señores, me voy precisado a no enseñaros más que las líneas principales del edificio. Hubiera querido poderos decir cosas sobre las verdaderas condiciones de la unidad en sí misma, y la hubierais visto apoyada en esas tres columnas insuperables y unidas entre sí por un lazo necesario, la autoridad, la soberanía y la infalibilidad. Ya volveremos a este asunto, Dios mediante. Ahora me limito a dirigir una mirada y salutar de paso a esa gran maravilla del mundo religioso que aún de hijos enagena: ¡Oh unidad! ¡yo te saludo unidad religiosa y divina! ¡eres el signo religioso de la verdadera religión, y el signo de la verdadera religión es poder llegar a tus sagradas plantas y descansar en la armonía y en la alegría de tu templo.

Todo esto ha parecido bastante al ponente del Senado, quien ha terminado pidiendo que se votara sin alteración la orden del día. El alto cuerpo, cuyas vacaciones principian hoy, ha decidido discutir la cuestión después de Pascuas, y el Cardenal Arzobispo de Burdeos ha manifestado su propósito de hacer uso de la palabra tocante a ella. Ese debate promete ser interesante, y por lo mismo no me olvidaré de comunicar a Vd. su resultado.»

Por real decreto que publica hoy el periódico oficial se dispone que se entienda siempre unida

76
CONFERENCE DEL P. FELIX.
vigor, lo que constituye la esencia de la unidad misma. Suprimid el concierto, la convergencia de las fuerzas múltiples a un mismo fin, la conservación ó el acrecentamiento de la vida; en otros términos, suprimid la unidad en el seno de la multiplicidad y no hay organismo. El organismo es la unidad viva irradiando en la multiplicidad viva.

Si la unidad se proclama a sí misma, y por su propio esplendor, como ley general de los organismos de todo el mundo viviente, no menos proclama su necesidad absoluta en todo el organismo social, y en particular en el que está destinado a las funciones de la vida religiosa. Alabar con una mirada todas las demás formas de la asociación, sociedad política, sociedad industrial, sociedad comercial, sociedad económica, sociedad literaria, sociedad de beneficencia, de trabajo, de producción ó de propaganda, ¡hay una sola que para asegurarse con la vida de hoy la vida de mañana, no pita a la unidad un punto de convergencia, una concentración de fuerzas, y con una y otra un principio de orden, de poder, de conservación y fecundidad! Poco importa que esa unidad se personifique en un hombre ó en muchos.

Si son muchos, hay una unidad que los sujeta a todos al imperio de una misma ley: una de dos, ó hay unidad, ó la asociación perece en el desorden, la división, la esterilidad y pronto en la ruina. Y sobre las ruinas acumuladas por la destrucción de la unidad clama la verdad con el Evangelio: Todo reino dividido en sí mismo será desolado y caerá casa sobre casa. *Omne regnum in seipsum divinum desolabitur.* Desgraciadas religiones que no llevan en su frente la señal de la unidad; condición de su organismo y de su vitalidad; en esa palabra infalible tienen la profecía de su ruina y de su muerte más ó menos próxima!

La universalidad, señores, ha sido el sueño de todos los grandes conquistadores. Nada les parecía más fácil que llegar con su espada a todas las fronteras y obligar a todas las almas encerradas dentro de ellas a besar la punta de su cruz universal. ¡Igual delirio han tenido los filósofos y los legisladores en cuanto

Todo lo dicho hasta aquí, señores, si no me engaño, guarda relación con el asunto, se refiere a la religión que buscamos: para dar vida al género humano es menester que la religión sea viva; para que viva es menester que esté organizada, y para que su organismo subsista es menester que sea una.

77
CONFERENCE DEL P. FELIX.
Después de esto, ¿qué venís a hablarme de culto nacional, de religión nacional, de iglesia nacional...? ¡Ah! Os burláis de la Religión y de la nación a un mismo tiempo, ó no sabéis lo que os decís. ¿Nacional? decía documentalmente a la defensa del país de Dios; corazón tan grande, en efecto, que no bastan para abrazarle todas las naciones a la vez. Borrado de la portada de vuestras religiones, ese nombre que depone contra ellas. ¿Religión nacional, iglesia nacional, iglesia anglicana ó germánica, sueca ó escocesa, prusiana ó rusa!... esos nombres dicen lo que sois; fragmentos, átomos de la Religión, ruinas, despojos, escombros.

Dejad a un lado vuestras religiones fragmentarias, dejad esas ruinas, esos despojos, esos escombros. Dirijamos nuestra mirada mas arriba y mas lejos, por encima de todas las fronteras; reconocamos y saludemos con amor el verdadero signo de la ciudad de Dios en la tierra, la universalidad. ¡Oh radiante unidad! Ya podemos saludar con gozo tu incomparable belleza; ya te veo mas divinamente hermosa y magnífica, te veo en tu radiante esplendor, vasto como el espacio, permanente como el tiempo, grande como la especie humana.

Pero hay, señores, una cosa que completa la belleza de la unidad y de la universalidad religiosa; una cosa que debe brillar como estrella sin mancha al frente de la religión que ha de educar al hombre: esa cosa es la *sanctidad*. Si, la religión ha de llevar en su frente mas esplendente todavía que todos los demás el

(1) El abate Perreyve, fallecido recientemente tan joven aun y tan querido de los amigos de la Iglesia y de Francia.

